

cionales; si Abraham Lincoln fué hijo de un pobre labrador, también lo era Abraham Garfield; ambos se educaron é instruyeron por su propia inspiración; á fuerza de energía y perseverancia, dedicando al estudio las horas que sus rudos trabajos les dejaban libres, ambos se elevaron poco á poco desde la más humilde esfera social, siendo sucesivamente abogados, representantes de su país, guerreros y senadores; ambos llegaron á ocupar el más alto cargo de la República por los sufragios de un gran pueblo; y ambos, en fin, ¡singular coincidencia! debían ser víctimas de la bala de un asesino.

La elección de Garfield para la Presidencia, como ya hemos dicho, teniendo por competidor al distinguido general Hancock, sólo significó una victoria del partido republicano sobre el democrático. Desde su elevación al poder, el nuevo Presidente había manifestado sus intenciones de gobernar ateniéndose á los principios de la más severa rectitud, sin atender á los intereses de partido; y por eso no encontraron en él apoyo los intrigantes que van siempre á caza de empleos. Esta conducta debió atraerle sin duda la pérfida enemistad de los que no podían satisfacer sus interesadas miras.

Ya hemos dicho que pronto debían desvanecerse las esperanzas de salvar al Presidente, aunque se confiaba mucho en vista de los partes de los médicos; y en efecto, al cabo de once semanas de agudos padecimientos, sufridos con varonil entereza, en medio del hondo pesar y de la sincera compasión de cincuenta millones de habitantes, Jaime Abraham Garfield exhaló el postrer aliento. Este noble mártir, espíritu de Lincoln, émulo de aquel republicano tan típico, que perdió la vida por salvar á su país de los peligros que le amenazaban, deja también un recuerdo imperecedero, no sólo por la causa de su muerte, sino por los actos característicos de su vida, que pueden servir de noble ejemplo á los conciudadanos del malogrado Presidente, y de estímulo á los hijos de la República que aspiren á elevarse por el saber y las virtudes y á dejar un recuerdo querido entre sus compatriotas.

Mr. Garfield había adquirido una popularidad bien merecida, y no cabe duda que era hombre de reconocida rectitud, que deseaba á toda costa reformar el vicioso sistema de conferir destinos, no á las personas más aptas para desempeñarlos, sino á los candidatos políticos que pueden apoyar determinadas ideas de tal ó cual partido. Mr. Garfield era apreciado sobre

todo por su inefable bondad, por su pura moral y la elevación de su carácter, atributos más bien de un rígido puritano que de un hombre común; tan dignas de elogio eran sus virtudes domésticas como su desinteresado patriotismo; y pocos presidentes se habían granjeado tanto como él la estimación y la confianza del pueblo americano. No hay duda que el primer magistrado de una República de cincuenta millones de hombres libres debe merecer el respeto y las consideraciones, no sólo de su país, sino de la humanidad; pero Mr. Garfield era un nuevo tipo de héroe; y los trágicos incidentes de sus últimos días, su vida como ciudadano y su breve carrera como jefe del gobierno han comunicado cierta brillantez á la atmósfera de admiración y reverencia que rodeaba su nombre. El difunto Presidente no era, sin embargo, uno de esos genios que asombran al mundo, ni tal vez fuese una especialidad para gobernar á los hombres; pero, educado en la pobreza, supo abrirse camino en el mundo, no con ayuda de la espada, ni por ser un genio irresistible, sino por una inquebrantable fuerza de voluntad, por su clara inteligencia y por la pureza de sus costumbres, basada en los más sanos principios religiosos. Cuando los sufragios de sus compatriotas le elevaron al primer cargo de la República, la rectitud de su conciencia le impulsó á desviarse de la senda tradicional y comparativamente fácil, que suele seguir el jefe de partido, con sus tentaciones personales, porque ante todo quería cumplir con ejemplar rectitud los deberes que le imponía su cargo. Cuando procuraba realizar su bello ideal atrájose sin duda las animosidades de sórdidos políticos; y la bala de un asesino puso término á su brillante carrera.

Antes de procederse á embalsamar el cuerpo del presidente Garfield, los cirujanos practicaron la inspección anatómica del cadáver. Así pudieron ver que una de las balas, después de fracturar la undécima costilla del lado derecho, había atravesado la columna vertebral, fracturando el cuerpo de la primera vértebra lumbar y alojándose después debajo del páncreas, detrás del peritonio. La inmediata causa de la muerte fué una hemorragia secundaria de una de las arterias mesentéricas inmediatas á la línea que la bala siguió, rompiendo la sangre el peritonio; de modo que más de un cuartillo de aquella pasó á la cavidad abdominal. Créese que esta hemorragia fué la que ocasionó los agudos dolores en la parte inferior del pecho que tanto hicieron sufrir á Mr. Garfield antes de su muerte.

El cadáver fué conducido á Washington desde Long Branch, punto donde murió el Presidente, en un tren especial. En todo el camino hubo una continuada manifestación de simpatía y dolor, así en las ciudades populosas como en los pueblos, y hasta en los campos por donde el tren pasaba. En todas las estaciones apiñábase la multitud, silenciosa y triste, y las cabezas se descubrían en señal de respeto; en los balcones y ventanas ostentábase colgaduras negras, y á cada momento oíase el lúgubre tañido de las campanas. En muchos puntos se arrojaron ramos de flores sobre el ataud, en tal abundancia algunas veces, que el camino quedaba completamente cubierto de ellos. Sin haber ocurrido ninguna interrupción en el trayecto el tren penetró al fin en la estación de Washington, donde le esperaba ya una inmensa muchedumbre; ciento treinta oficiales del ejército y de la armada formaban en fila á cada lado. Los diversos personajes que iban en el tren tomaron asiento en los coches que los esperaban, y toda la comitiva se puso en marcha en dirección al Capitolio, precedida del ataud, conducido en hombros de ocho soldados. Con el acompañamiento iban los principales jefes del ejército, varios destacamentos de milicias, los individuos de la Sociedad de Caballeros Templarios, con su música, y la oficialidad del ejército y la armada, á cuya cabeza iba el general Sherman. La multitud que rodeaba el Capitolio era tan compacta, que á duras penas se pudo abrir camino; al pie de la escalera del edificio, una doble fila de senadores y diputados esperaba para recibir el ataud; entregado este, dióse orden de abrirlo; el nuevo presidente Arthur se adelantó entonces con Mr. Blaine para contemplar por última vez los restos mortales de su antecesor, y después se permitió al público pasar por delante del ataud, custodiado por una guardia de honor de cuarenta hombres. Entre los adornos del féretro figuraba una magnífica corona de rosas blancas, presentada por la legación británica en nombre de la Reina de Inglaterra; en esta corona veíase una tarjeta con la siguiente inscripción: «La reina Victoria, como recuerdo del difunto presidente Garfield, y expresión de su pesar y simpatía á su esposa y á la nación americana.» Esto fué lo único que se conservó de los funerales efectuados en Cleveland.

Calculase que más de doscientas mil personas visitaron el Capitolio en los dos únicos días que el cadáver estuvo expuesto. Cuando se

cerró la entrada para el público, la señora de Garfield, acompañada de su hija y varios amigos, fué á mirar por última vez los restos de su esposo, y permaneció veinte minutos delante del ataud. Después se arregló todo para las ceremonias religiosas, permitiéndose entrar á todas las personas á quienes se había invitado, entre las cuales figuraban el presidente Arthur, Mr. Blaine, el ex-presidente Mr. Hayes, los individuos del Supremo Tribunal, el Cuerpo diplomático, los senadores y diputados, y varios oficiales del ejército y armada. Terminado el servicio divino, el ataud fué trasladado al coche fúnebre, y después al tren, que debía salir á las seis de la tarde para Cleveland, á donde llegó á la una del día siguiente. En todos los principales puntos del trayecto se hicieron salvas de fusilería, y tocáronse marchas fúnebres. Al llegar el tren á Cleveland, formóse una verdadera procesión de coches, y el ataud fué depositado en un magnífico catafalco, protegido por un pabellón dispuesto de antemano para este objeto.

La ceremonia del funeral se efectuó al día siguiente; la comitiva se hubiera podido comparar, por lo muy numerosa, con la que acompañó al cadáver del malogrado Lincoln, presentando nueve divisiones, que comprendían: cuerpos de la milicia de los diversos Estados; veteranos de la guerra civil; representantes del Grande Ejército de la República; estudiantes, sociedades y clubs; diputaciones provinciales, y altos funcionarios civiles.

La plataforma del carro fúnebre medía ochenta pies de longitud por diez y seis de ancho; desde su borde superior hasta una pulgada del suelo pendía un paño negro franjeado de plata; toda la plataforma estaba cubierta de coronas de siemprevivas, y en cada uno de sus ángulos ondeaban banderas enlutadas. Al carro fúnebre seguía una fila interminable de carruajes; en los primeros iban los generales Sherman, Sheridan, Hancock y Drum, y el almirante Porter, y cerraba la marcha la guardia nacional del Estado de Ohio. En el cementerio se rezó el oficio de difuntos, terminándose la ceremonia religiosa en el mayor silencio y recogimiento, á pesar de la inmensa multitud que allí se hallaba reunida. El acto revistió la mayor sencillez, y sin embargo fué verdaderamente solemne, presentando un golpe de vista que difícilmente podrían olvidar los que lo hubiesen presenciado. El ataud se depositó en la bóveda preparada para recibirle, donde debía permanecer hasta que se

erigiera el monumento proyectado para perpetuar la memoria del presidente Garfield.

Mr. Townsend y Mr. Smalley, biógrafos de este Presidente, han publicado varios apuntes sobre su carácter y cualidades como hombre político, que no dejan de ser interesantes y dignos de reproducirse.

«Desde Juan Quincy Adams, dice Mr. Townsend, ningún Presidente ha tenido tanta escuela de instrucción como Abraham Garfield, que era en Washington uno de los pocos hombres públicos que poseían profundos conocimientos literarios. Dotado de infinitos recursos, tenía una gran fuerza de lógica, y era un gran retórico. Aficionado al estudio desde su juventud, agradábase recorrer el campo de todos los conocimientos; deleitábase en las creaciones de la imaginación, en la poesía, en las ficciones, en el arte; amaba las cosas abstractas de la filosofía; interesábase en las investigaciones científicas; recopilaba los hechos históricos y políticos, y sabía comunicar al todo la vida de su propia originalidad. En estos últimos diez años, ningún hombre ha cultivado entre nosotros con tanto afán las letras y las ciencias. Su carácter moral era la corona más propia para su naturaleza intelectual y física; tenía sentimientos puros, corazón bondadoso, costumbres sencillas; y su generosidad no reconocía límite.»

Mr. Smalley dice:

«Probablemente no existe ahora ningún orador político capaz de producir tanto efecto como el malogrado Garfield producía; apelaba directamente á la razón de los hombres, y sólo después de conducir á sus oyentes por una serie de poderosos argumentos á irresistibles conclusiones, interrogábase para que emitieran su opinión. Tenía voz clara y sonora, mucho magnetismo personal, y una elocuencia que infundía confianza, agregándose á esto su rara habilidad para enlazar los hechos entre sí, presentándolos después como un argumento irresistible. Algunas veces, todo el auditorio, arrebatado por su palabra, levantábase poseído de entusiasmo cual si le moviera un resorte.

» Terminaré este apunte con algunas sentencias y máximas que Abraham Garfield consignó en sus numerosos mensajes y que se han juzgado dignas de formar una colección.

«La fortuna es un *ignis fatuus*: el que va detrás de ella puede arruinarse, pero no hacerse rico.»

«Bueno es saber hacer algo más de lo que comúnmente se hace.»

«Loca es la idea de aquellos que esperan que algún suceso les permitirá adquirir de pronto fama ó fortuna. En este mundo las cosas no dan vueltas si alguno no las mueve.»

«Me inspira más respeto un muchacho que un hombre, aunque vaya cubierto de harapos, porque no sé hasta qué punto se pueden desarrollar sus facultades.»

«No hay cosa que me infunda más lástima que esos hombres que se llaman instruidos, que se graduaron en nuestras universidades ó en las de Europa, que han obtenido muchos honores, y que sin embargo no sabrían poner los arcos á un caballo ó hacer una factura de comercio, aunque de ello dependiera la salvación del mundo.»

«Si la fuerza para trabajar mucho no es talento, por lo ménos es lo que mejor puede sustituirle.»

«No es un honor ni una gloria presentarse en la arena, sino saber luchar y quedar victorioso en ella.»

«El hombre más noble tendrá en perspectiva siempre un conflicto mientras conserve la existencia.»

«El privilegio de ser joven es un gran privilegio, pero más lo es aún el de crecer para proclamarse independiente á la mitad de la carrera de su vida.»

«Prefiero ser batido en el terreno de la razón que vencer en el del error.»

«Los males presentes siempre parecen mayores que los futuros.»

«Si lo que ganas en la vida lo debes á tus propios esfuerzos, será bien tuyo y una parte de tí mismo.»

«Los poetas, al nacer tienen ya adquirida la gloria.»

«Los principios de los éticos no han cambiado con el transcurso de los años.»

«Una de las cosas que la humanidad ama y admira más en la tierra es un hombre valeroso, un hombre que se atreva á mirar á Satán cara á cara, y á decirle que es el diablo.»

«El hombre que está convencido de su fuerza mira con desprecio los alardes de los demás.»

«Será un bienhechor de la humanidad el hombre que nos enseñe á dirigir bien á un niño en sus primeros años.»

«El estudiante debe aprender para sí su relación con la sociedad, con la naturaleza, con el arte, y sobre todo las relaciones de todo esto con Dios, Autor de cuanto existe.»

«Las grandes ideas viajan lentamente, y du-

rante algún tiempo sin ruido, como los dioses que llevaban los pies calzados de lana.»

«Lo que las artes son al mundo de la materia, la literatura es al mundo del entendimiento.»

«La verdad está tan relacionada y enlazada, que ningún departamento de su reino está del todo aislado.»

«Mejor quiero arruinarme que hacer un capital fuera de mi religión.»

«Las ideas son los grandes guerreros del mundo; una guerra sin ideas es simplemente una brutalidad.»

«Bien mirado, el territorio sólo es el cuerpo de una nación; el pueblo que habita sus montañas y sus valles constituye su alma, su espíritu y su existencia.»

«Bajad por las gloriosas gradas de nuestra bandera; todos los grandes recuerdos que hemos dejado vindicáronse con nuestra sangre y con la verdad: así barre el suelo como toca las estrellas.»

«Terrible cosa es que un hombre rehuse á su hermano cumplir una promesa; pero es cien mil veces peor que una nación lo haga, porque se destruye el manantial de la fe.»

«Las flores que florecen en la pared del jardín de los partidos políticos son las más dulces y fragantes que pueden florecer en los jardines del mundo.»

«No fué un hombre quien mató á Abraham Lincoln; fué el espíritu de la traición y de la esclavitud, inspirado en el odio más enconado, el que le hirió en el momento en que la nación llegaba al colmo de su alegría.»

«Cuando doscientos cincuenta mil valientes pasaron desde el campo del honor, á través del diáfano velo, á la presencia de Dios, y cuando después el Presidente mártir se reunió con los difuntos héroes de la República, la nación estuvo tan cerca del velo, que los hijos de los hombres oyeron las palabras de Dios.»

Algunas de estas máximas, que revelan la profundidad de ideas del difunto Presidente, no serán seguramente echadas en olvido por los que sepan apreciarlas en lo que valen.

La suscripción iniciada por el pueblo americano para socorrer á la viuda de Mr. Abraham Garfield excedió de setenta mil libras esterlinas.

La sencilla, aunque sublime ceremonia celebrada en Cleveland, la expresión pública de los sentimientos manifestados por el pueblo, y los tristes antecedentes que á ella habían dado lugar, seguramente debieron producir una impresión profunda en el general Chester Arthur,

que por el extraño é imprevisto giro de los acontecimientos estaba llamado á ocupar la silla presidencial. Harto debía comprender que su misión era difícil, si había de llevar á cabo los propósitos de su noble antecesor, siguiendo la misma línea de conducta; pero la generosa confianza que le manifestaron sus compatriotas, siendo, como era, un político de dudosos antecedentes, bastaba para infundirle ánimos. El nuevo Presidente, á juzgar por la opinión pública en América, debía aceptar en un todo la política de su predecesor para merecer el aplauso de sus conciudadanos.

El general Chester Arthur, que tenía la misma edad del presidente Garfield, había nacido en Albania (Estado de Nueva York), el 5 de octubre de 1831. Su padre, el Rdo. Guillermo Arthur, era un sacerdote que emigró á América, abandonando su país natal, el condado de Antrim (Irlanda), á los diez y ocho años. El joven Arthur se educó en el colegio de la Union en Nueva York; después fué á desempeñar el cargo de pasante en una escuela de pueblo, en Vermont; y al cabo de algún tiempo, habiendo conseguido reunir quinientos duros á fuerza de economía, volvió á Nueva York, consagróse al estudio de las leyes con una constancia infatigable, y tal fué su aplicación que muy pronto se le admitió en el foro. Chester Arthur, que desde su primera juventud era aficionado á la política, se asoció, esperando mejorar su posición, con un notable abogado de Nueva York, en cuya compañía alcanzó cierta notoriedad, sobre todo desde que la Convención de Saratoga, fundadora del partido republicano, le nombró su representante. Desde entonces se dió á conocer mucho como político, no sólo en su Estado sino también en Nueva York.

Durante la guerra civil, Chester Arthur desempeñó el cargo de Contramaestre general de la ciudad de Nueva York, pero nunca sirvió en el ejército. En 1872, el presidente Grant le confirió el cargo de recaudador del puerto de Nueva York, del que le separó en 1878 el presidente Hayes, no sin que esta medida produjera mucha excitación. Dicho Presidente había considerado como un obstáculo á Chester Arthur para efectuar la reforma del servicio civil que entonces proyectaba, y que no dió el resultado apetecido.

Después de su separación del empleo que desempeñaba, Arthur emprendió de nuevo el ejercicio de su profesión de abogado, y poco después se le nombró jefe de una de las más